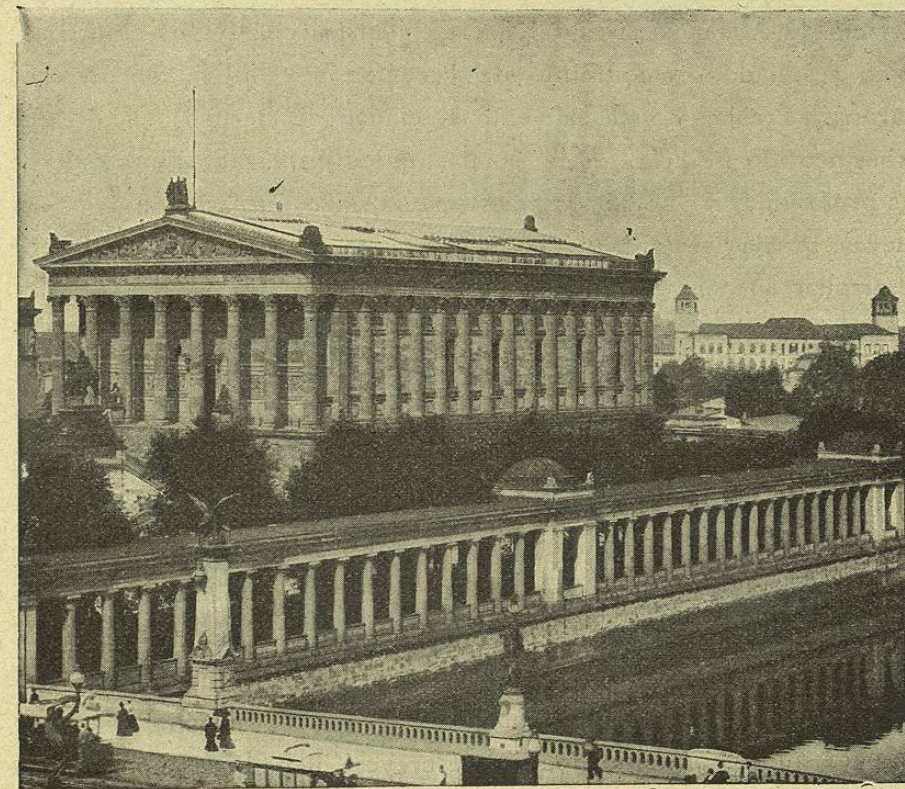


gran número de políticos, ocultó en su conjunto el verdadero problema de la emancipación humana.

A lo menos, bajo el régimen de ese Parlamento inglés, el pensamiento se manifestaba más libremente que bajo la dictadura del cardenal Fleury, aterrorizado él mismo por los jesuitas. Más de un siglo antes Inglaterra había tenido su período literario por excelencia; á la sazón se hallaba en el punto supremo de su gloria científica: después de haber tenido Shakespeare, tenía á Newton. Gracias á él, la ley universal de la gravitación quedaba conquistada para la observación y para el cálculo, y una era nueva se abría para el genio del hombre. Al mismo tiempo, toda una escuela de filósofos se desprendía de la influencia del cristianismo y hasta reaccionaba contra él. De su viaje á Inglaterra, Voltaire aportaba, no sólo las teorías de Newton, sino también las doctrinas racionalistas de Locke, cuya exposición escrita tuvo el honor de ser quemada por la mano del verdugo. Bajo una forma más grave, menos brillante y menos literaria, pero tan profunda como en Francia, el pensamiento humano abordaba en Inglaterra todas las ciencias de observación; hasta la obra de la Enciclopedia, dirigida por pensadores libres, tomó allí una forma análoga á la que le dió después el genio fogoso de Diderot, puesto que el *Diccionario universal de las Artes y de las Ciencias* ó *Ciclopedia*, publicado por Efraim Chambers en 1728, sugirió la idea de la obra francesa, cuyo primer volumen, de los diecisiete de que consta, data de 1751, y el último de 1765.

Sin embargo, los Estados de Europa no podían abandonar el pasatiempo de la guerra. Los ejércitos continuaban yendo y viniendo, frecuentemente sin saber apenas cuál era el amigo ó el enemigo, y cambiando de adversario, de aliados, de política, según los consejos de un confesor ó los caprichos de una dama de la corte. Pero cuando comenzó de nuevo la gran guerra, hubo á lo menos un capitán, Federico II de Prusia, que tomó la cosa muy en serio, y cuya clara voluntad, desprovista de todo escrúpulo, necesariamente había de triunfar de gentes que no sabían querer. En el dualismo de los Estados principales de Alemania, era el príncipe cuyo reino representaba la mayor unidad nacional. Mientras que Austria era un agregado de pueblos hostiles entre sí, con tradiciones, costumbres

é idiomas diferentes y siempre difíciles de poner en línea y de retener bajo una misma dirección, Prusia abarcaba un conjunto de poblaciones, si no muy unidas, al menos sólidamente clavadas y sujetas: Alemanes y Eslavos, más ó menos organizados, formaban una masa compacta, bien adiestrada en la obediencia, lo mismo que el ejército



BERLÍN — MUSEO DE ANTIGÜEDADES Y LUSTGARTEN
Estas construcciones datan de principios del siglo XIX. Cl. Kuhn, edit.

reglamentado por los soberanos de Prusia con un celo que tocaba ya en manía.

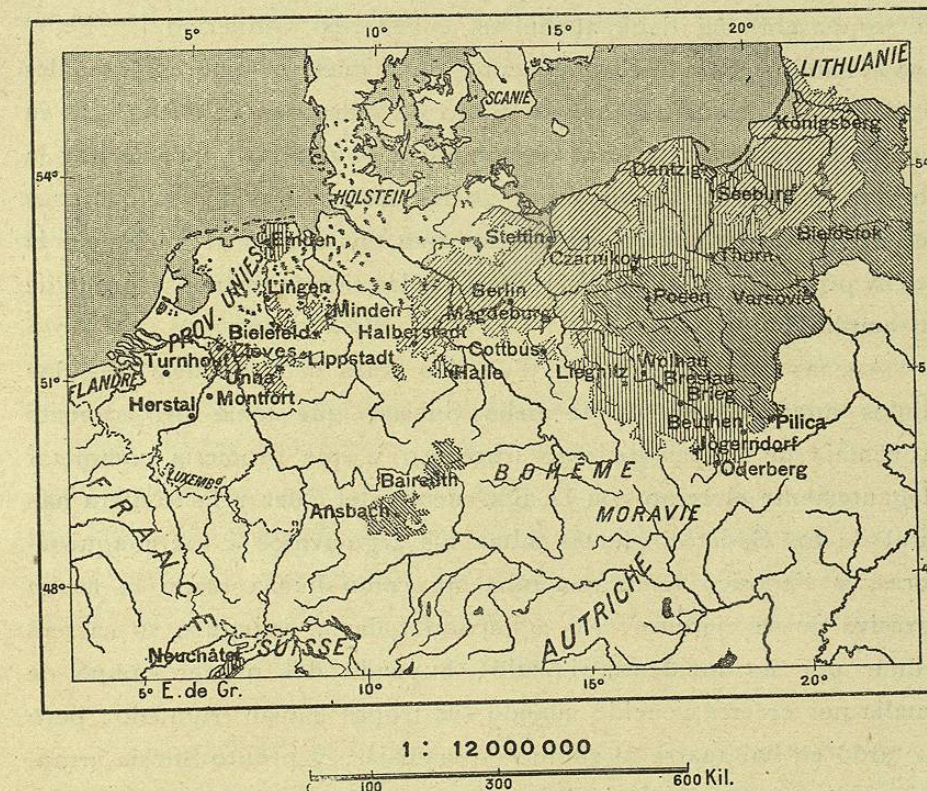
Desde la paz de Westphalia, el pequeño Estado de Prusia gradualmente se había aumentado, consolidado y desprendido de las potencias vecinas, Suecia, Polonia é imperio de Austria. Muy ambicioso y tomando parte en todas las intrigas diplomáticas de Europa, el «gran Elector» Federico Guillermo había llegado á querer, casi sin marina, darse un imperio colonial; á riesgo de enemistarse con sus celosos vecinos, los mercaderes holandeses, había mandado esta-

blecer una factoría en el cabo de las Tres Puntas, uno de los promontorios de la Costa del Oro. Pero poco después de esta empresa, que no había de producir resultados útiles, tuvo Prusia un golpe de fortuna, la revocación del edicto de Nantes, que supo utilizar acogiendo benévolamente á los protestantes fugitivos. Más de quince mil Franceses, aprovechándose del edicto de Postdam, pusieron al servicio de Alemania su inteligencia, su instrucción y sus industrias: como resultado, el equilibrio de las fuerzas vivas se desplazó en Europa. Prusia, y especialmente la ciudad de Berlín, ganó lo que había perdido Francia. Y no solamente los protestantes introdujeron sus profesiones y sus oficios en Alemania, sino que crearon empresas nuevas, gracias al espíritu de iniciativa que forzosamente habían de desarrollar so pena de humillación y de miseria: necesitaban acomodar sus capacidades diversas á un medio cuyas condiciones diferían por completo de las que les eran familiares. De ese modo, progresos muy importantes en el trabajo y en los procedimientos científicos compensaron, en beneficio particular del Brandeburgo y de Europa en general, las enormes pérdidas sufridas por los distritos protestantes franceses. La colonia hugonote de Berlín se ha conservado durante cerca de dos siglos, á pesar de los cruzamientos, los cambios y traducciones de nombres y la penetración íntima del ambiente germánico.

En el año 1701, Prusia constituía un Estado bastante poderoso ya para que el príncipe Federico I creyese llegado el momento de declararse rey. Con sus manos ciñó la corona, pero su vida de fausto, de dilapidación irreflexiva y de raros caprichos, demostró que la vanidad dominaba en él sobre el orgullo, porque con el título de rey hacía concesiones humillantes al imperio. A fuerza de debilitarle, estaba á punto de deshacer aquel reino que como tal había proclamado, cuando le sorprendió la muerte. Federico Guillermo I era un hombre muy diferente, un estúpido, orgulloso de su ignorancia, con tal estrechez de miras que fué objeto de burla general, pero tan rudo en su voluntad que todo cedía ante él. Era tan económico, que su primer acto consistió en reducir en una quinta parte los sueldos de las gentes de su corte, y tan rígido sobre la disciplina, que con gran dificultad se le arrancó la gracia de su hijo, condenado á muerte

como «desertor». Su manía particular era la de las revistas y las paradas militares: había dividido el reino en distritos correspondientes á los regimientos de su ejército; la alineación, la simetría y

N.º 414. La Prusia en el siglo XVIII.



Al advenimiento de Federico II (1740), Prusia estaba formada por trozos separados: el gran ducado de Prusia, alrededor de Königsberg, Pomerania y Brandeburgo, el ducado de Magdeburgo, el principado de Halberstadt, los distritos de Cottbus, Halle, Lippstadt, Minden, Lingen, Bielefeld, Unna, Cleves y algunos otros, Herstal (1732-1740), Turnhout (1732-1753) y Montfort (1732-1754), por último el principado de Neuchatel (1707-1807).

Federico ocupó Silesia en 1742, pretextando derechos á varias ciudades (Leignitz, Oderberg, etc.), después en 1772 reunió las dos fracciones principales del reino por la adquisición del bajo Vistula, desde Seeburgo á Czarnikov. El distrito de Emden se agregó á Prusia, y el ducado de Mansfeld, cerca de Halle, en 1780.

El sucesor de Federico añadió á sus dominios los territorios de Baireuth y de Ansbach (1792), Dantzig (1793) y parte de Polonia, desde Posen á Bielowostok (1793-1795).

la regularidad de los cuerpos de tropa era su gran preocupación; sobre todo tenía empeño en sus compañías de buenos mozos, reclutados por todos los medios, incluso la compra y el rapto en países extranjeros. Pero tanto amaba á su ejército, que se negaba á dete-

riorarlo por la guerra: á su sucesor Federico II tocó el empleo de aquel formidable instrumento. La preparación de la guerra no es una razón de paz, como dice un proverbio falso; al contrario, esa preparación trae consigo siempre la guerra. Si, como se ha dicho, la industria de Prusia fué durante mucho tiempo el arte de la guerra, su responsabilidad debe atribuirse á Federico Guillermo I. Federico II halló preparados los elementos de la guerra, hombres, arsenales y dinero, é inmediatamente se sirvió de ellos. El celo con que su pueblo le siguió en la obra de conquista se explica en parte por la pobreza natural de los páramos, de los arsenales y de los pantanos del Brandeburgo y otras provincias que constituían el núcleo de la Prusia propiamente dicha: la riqueza de las tierras próximas prometía un amplio botín.

Apenas elevado al trono, Federico trató de redondear sus dominios apoderándose de la bella Silesia, que tenía precisamente la ventaja de un rendimiento fructuoso y que prometía completar elegantemente el reino con la alta cuenca del Oder y la frontera natural de los Sudetes. Jamás faltan los argumentos á los conquistadores, y Federico tenía generalmente como buena razón la fuerza agresiva de su ejército. No aguerrido todavía, inauguró su carrera militar por un incidente ridículo, huyendo del primer campo de batalla por creerse vencido cuando sus tropas habían triunfado; pero no tardó en habituarse al silbido de las balas, y pronto Silesia arrancada á Austria engrandeció Prusia hasta las fuentes del Vístula (1742). Tal fué el primer acto de aquellas dos guerras de Siete años, 1741-1748 y 1756-1763, que se desarrollaron principalmente alrededor de la desgraciada Silesia, devastada y arruinada, y en Bohemia, más desgraciada aún á causa de su valor estratégico como centro de Europa.

Durante la primera mitad de la lucha, Federico fué en un principio sostenido parcialmente por Francia, cuya política tradicional consistía en combatir la potencia austriaca; pero esa alianza francesa estaba constantemente neutralizada por las intrigas de corte y de confesionario, que daban á Austria y á su soberana María Teresa el apoyo de las maquinaciones secretas, urdidas contra su propio país por el cardenal Fleury, inspirador oficial de sus intrigas. Después, cuando la segunda guerra, triunfó abiertamente la influencia de los

jesuítas: Francia pactó una alianza ofensiva con Rusia y Suecia para sostener Austria y Sajonia contra Federico II. Este se hubiera visto completamente rodeado por un círculo de enemigos si no hubiera tenido por aliados algunos pequeños príncipes alemanes, y, al otro lado del estrecho, el concurso de la flota inglesa; pero en ese peligro inminente se manifestó táctico incomparable en el arte de dividir sus adversarios para sorprenderles y batirlos aisladamente. Primeramente libróse de Francia por la victoria de Rossbach (1757), jornada de «inmortal ridículo», en que dispersó delante de sí más damas, peluqueros y cocineros que soldados, y que le valió, no sólo la admiración entusiasta de sus propias tropas, sino también la de sus enemigos, sobre todo la de la Francia misma. Sin embargo, le hubiera sido imposible resistir hasta el fin contra el diluvio de hombres que del Sud, del Este y del Norte inundaba su reino, si no hubiera podido reconstituir sus ejércitos, terriblemente disminuídos, con la multitud de los aventureros y desertores extranjeros que hacia él acudían de todas partes, y si Inglaterra no le hubiera sostenido con sus millones. Por último, cuando parecía casi fatalmente cogido como entre dos mandíbulas, entre los Austriacos y los Rusos, la muerte del czar, un cambio de reinado, le salvaron repentinamente y le permitieron elevarse como vencedor inatacable.

Por primera vez en la historia del mundo, las guerras de Europa habían tenido rechazo directo en los demás continentes: los conflictos se habían propagado sobre una gran parte de la superficie planetaria, que trataban de apropiarse los emigrantes de las diversas naciones occidentales. La guerra de Siete años se proseguía también en las Indias Orientales y en la América del Norte, de ambas partes con gran ventaja para Inglaterra, cuya potencia militar se apoyaba sobre una industria cada vez más activa y sobre un comercio exterior en constante aumento. En la lucha de navegación que se continuaba entre la Holanda y la Gran Bretaña, ésta sobresalía rápidamente, á pesar de las ventajas adquiridas y de la habitual práctica que poseía su rival. Durante la segunda mitad del siglo XVII, período de su gran prosperidad, aquel pequeño pueblo bátavo poseía por sí solo cerca de la mitad del tonelaje de todas las flotas comerciales pertene-